

## VI

## Santa Marta

Santa Marta está situada en un verdadero paraíso terrenal. Sentada al borde de una playa que se extiende en forma de concha marina, aparecen agrupadas sus blancas casas bajo el espeso follaje de palmeras, resplandeciendo al sol como un diamante engarzado en una esmeralda. Alrededor de la ciudad, el llano, extendiéndose en vasto círculo, se levanta en graciosas ondulaciones hacia la base de las montañas. Estas se van escalonando, apareciendo sus gigantescos peldaños diversamente matizados por la vegetación que los cubre y el cielo azul, obscurecido alrededor de las altas cimas; girones de blancas nubes llenan las alturas deshaciéndose en fragmentos sobre las cumbres; en este fondo de nubes, picos y montes de todas formas, destácase libre y soberano el Horqueta, cuyo doble cono, erguido sobre el horizonte, parece reinar en el inmenso espacio. Los enormes sostenes en que se apoya el pico de las dos cabezas, se desarrollan á derecha é izquierda en dos cadenas de monte que se curvan alrededor del llano de Santa Marta, bajan, formando la larga arista de sus cimas una

serie de graciosos saltos y van á sumergirse en el mar, á ambos lados del puerto, desafiando las tempestades sus gallardos promontorios coronados por viejos castillos derruidos.

La llanura parece así levantada en brazos del gigante Horqueta, é inclinada ligeramente como un cesto de flores hacia el mar resplandeciente de luz. El promontorio del Norte se esconde por debajo de las aguas y reaparece luego para formar el Morrillón y el Morro, dos islas rocosas que sirven de rompeolas á la entrada del puerto. El conjunto del paisaje encerrado en este recinto ofrece una armonía indescriptible; todo es rítmico en este apartado mundo, limitado hacia el continente, pero abierto por el lado del Océano. Todo parece haber obedecido á la misma ley, á juzgar por la dulzura de las ondulaciones, desde las altas montañas con sus redondas cimas, hasta las olas espumosas débilmente trazadas sobre la arena. Contemplando tan grandiosa belleza, bajo el inmarcesible azul de este cielo, no se sienten pasar las horas con traidora rapidez; sobre todo, por las tardes, cuando el disco del sol empieza á sumergirse en el mar y el agua tranquila viene á suspirar al pie de las rocas; la verde llanura, los valles oscuros de la Sierra, las nubes color de rosa y las cimas lejanas, vistas á través de un polvillo de fuego, forman en conjunto un admirable cuadro que hace cesar la vida del pensamiento para no sentir más que la necesidad de mirar. Cuantos han tenido la dicha de contemplar este grandioso paisaje no lo olvidan jamás.

El interior de la ciudad no está en armonía con la magnificencia de la naturaleza que le rodea. Santa Marta fué el primer establecimiento que los españoles fundaron sobre la Costa Firme grandiosa.

na, y, á pesar de la antigüedad de su origen, á pesar de su hermoso puerto, su título de capital del Magdalena y la fertilidad de cuanto le rodea, cuenta á lo sumo con una población de cuatro mil habitantes. Las calles, largas y rectas, como las de todas las ciudades que cuentan menos de cuatro siglos, no han estado nunca pavimentadas, y durante los días de viento fuerte, se levantan nubes de arena que las hace intransitables. Las casas son bajas y mal construidas; los arrabales están formados por unas cuantas chozas de palos y tierra, cubiertas con hojas de palmera y pobladas por escorpiones y arañas monstruosas. En 1834, tres siglos después de su fundación, un temblor de tierra destruyó más de cien casas y agrietó la catedral y cuatro iglesias. Desde esta época, los montones de escombros no han sido retirados, las casas ruinosas no han sido aún restauradas y las grietas se abren más cada día; sólo el tiempo ha poblado de hierbas y plantas las murallas desmoronadas y adornado la cúpula de la iglesia mayor con una verde guirnalda de flores rojas y amarillas. En esta ciudad, todavía tan ruinoso como al día siguiente del temblor de tierra, sólo ví una casa nueva y los cimientos de otra, cuyas obras estaban paralizadas y que debía servir para un colegio provincial. La antigua residencia del más rico comerciante de la población, en otro tiempo verdadero palacio, presenta hoy, por el lado del mar, un montón de ruinas; las paredes caídas han llenado de escombros el jardín; maderos, columnas y capiteles cubren el suelo y espinosos arbustos crecen entre las piedras.

A pesar de las huellas del desastre, Santa Marta está lejos de producir en el espíritu la misma impresión lúgubre que Cartagena: las calles son más

anchas, las casas que no fueron destruídas por el temblor de tierra, están enjalbegadas ó pintadas con alegres colores, y además, la hermosa naturaleza arroja sobre la ciudad sus bellos reflejos.

Después de haberse dividido Nueva Granada en ocho repúblicas federadas, Santa Marta ha votado la construcción de un faro sobre el Morro, el establecimiento de varias instituciones de utilidad pública y la fundación de una escuela para la enseñanza superior. ¡Quiera su sino que pueda continuar por ese camino y dejar pronto de ofrecer un triste contraste con la belleza que la rodea!

Delante de las casas, al centro de la extensa curva que forma la plaza, se levantan las ruinas de un antiguo castillo, cuyas murallas, en completo deterioro, ceden piedra á piedra, á las olas invasoras. Los bongos de la Ciénaga, cargados de bananas, pescados y nuez de coco, echan todos sus anclas al pie de la fortaleza, y, en medio de las piedras ó sobre las plataformas de los baluartes, exhiben los indios sus mercancías. Las mujeres de la ciudad, generalmente vestidas con faldas muy cortas, acuden en multitud á procurarse las provisiones del día. Nada tan pintoresco como este mercado al aire libre en las históricas murallas, que las olas, con sus eternos golpes, van destruyendo lentamente.

Los grandes navíos de Europa y los Estados Unidos fondean un kilómetro más al Norte, al final de la bahía y al pie de los promontorios para quedar resguardados de los vientos del Norte y del Este.

La playa, que se extiende entre los promontorios y la ciudad, está festoneada de un lado por el mar y del otro por las salinas, que se inundan alguna vez. Por las tardes sirve de paseo á toda la

población, y los carros, caballerías y coches, circulan en todas direcciones.

La aduana, un almacén ruinoso, un pequeño muelle, algunos cobertizos de hojas levantadas sobre los montones de mercancías, son las únicas construcciones que aparecen en el puerto; éste, lejos de parecer un centro de actividad, presenta más bien el aspecto de un lugar de recreo. Durante el día, muchos nadadores, blancos y negros, se arrojan desde el muelle, se lanzan como tritones alrededor de los buques y forman en el agua azul botones de blanca espuma; los zambos desocupados y los marinos, desde las bordas de los navíos, juzgan la hazafia de los nadadores aplaudiendo sus habilidades.

Pasadas las primeras horas de la mañana consagradas al mercado, las calles de Santa Marta pierden el aspecto de actividad que les da la presencia de los indios, y el *far niente* es tan general en la población como en el puerto; los muchísimos establecimientos abiertos al público, ofrecen á los compradores una insignificante provisión de banana, cazabe, fósforos y chicha. Los habitantes de Gaira, de Mamatoco y de Masinga, se retiran luego de el mercado, llevando delante una reata de asnos y mulas. Los samarios, se quedan en posesión completa de la ciudad y empiezan entonces la siesta, ó bien se sientan á las puertas de sus casas bostezando y comentando alegremente los accidentes de la mañana, mientras que las señoritas, en la extremidad de los frescos corredores, se columpian en sus hamacas, suspendidas de las columnas del patio. A medida que el calor aumenta, las voces cesan poco á poco; hasta los insectos paran de zumbar; parece que la población entera descansa lánguidamente bajo una atmósfera voluptuosa. El tra-

bajo parece un esfuerzo inútil en este clima feliz, donde la paz baja de las verdes montañas y del cielo azul.

¿Por qué vituperar á esta población que se abandona al goce físico de vivir cuando todo precisamente le invita? Sus habitantes no han sentido jamás las torturas del hambre y el frío; la perspectiva de la miseria no se presenta ante sus espíritus; la inexorable industria no les empuja hacia adelante con su terrible aguijón de avaricia. Los que tienen siempre todas sus necesidades satisfechas por la benévola naturaleza, no tienen necesidad de obrar contra ella por el trabajo y gozan perezosamente de sus bienandanzas; son todavía los hijos queridos de la tierra, y su vida se desliza en santa paz como la de los árboles y las flores.

Con frecuencia también, el calor, por más que la brisa marina lo atenúa un poco, es tan intenso que todo ejercicio produce cansancio, porque Santa Marta está situada bajo el ecuador y la temperatura media es de veintinueve grados centígrados.

Cuando los valles y mesetas de Sierra Nevada estén poblados por miles de agricultores, los samarios, actualmente tan poco activos, se verán arrastrados en el gran movimiento del trabajo; y el comercio, con sus inmensos brazos, se apoderará de Santa Marta como se ha apoderado de otras poblaciones tropicales que se adormían descuidadas bajo su cielo encantador. En nuestros días, la capital del Estado de Magdalena, no hace más que el comercio de tránsito; recibe del extranjero cargamentos de ropas y los expide hacia los mercados del interior; en cambio, envía á Inglaterra gran parte del oro extraído de las minas del Estado de Antioquia, y algunos cargamentos de tabaco á Alemania. El total de la importación y exporta-

ción se eleva á la suma de unos catorce millones de francos anuales; cantidad insignificante que podría aumentarse considerablemente si se generalizara el cultivo de la tierra.

Como todos los extranjeros que visitan Santa Marta, yo me sentí desde el primer día embriagado por este aire cargado de aromas que perfuman el llano. En vez de ocuparme seriamente de mis proyectos de agricultura, me abandonaba con pereza á la contemplación de los encantos naturales que la rodean. Sin embargo, no perdí el tiempo completamente: bien acogido en todas partes me creé amigos que contestaban á mis palabras con galantería española; paseándome por la playa trababa conversación con los pescadores indios ó mestizos; en todas partes hacía detenidos estudios sobre las costumbres, las creencias y los hábitos de las gentes. Para conocer los principales productos del llano no tuve más que pasearme á lo largo de los caminos y penetrar en los campos, donde me ofrecían frutos de todas las especies á precios económicos. Estos eran higos, bananas de muchas variedades, *sapotes* de color de sangre, ananas, papayes, ciruelas de los trópicos, *aguacates*, *mangós* oliendo á trementina, guayabas, *caramañone* ó manzanas de carbo, cuyo perfume es delicioso, *guanábano*, de sabor muy parecido al de la fresa con vino y azúcar, y otros muchos frutos exquisitos cuya nomenclatura exigiría un diccionario en toda regla. En este llano afortunado y en las vertientes de estos montes donde el sol madura á un mismo tiempo los más sabrosos frutos de todos los climas, no será difícil hacerse frugívoro como nuestros primeros padres y abandonar el brutal régimen de la carne y la sangre, por el de los vegetales que crecen espontáneamente del seno de la tierra.

En nuestros tristes climas del Norte, durante la temporada de invierno, muchos actos de la vida son causa de verdadero sufrimiento. Por las mañanas se necesita heroísmo para abandonar la cama. Al despertar nos encontramos con el cuerpo envuelto en una triple atmósfera de calor; escalofríos eléctricos agitan nuestro sér; los ojos se abren amorosamente á la vida, pero todo lo que nos rodea se halla invadido por el frío; el hielo cubre los cristales de la ventana; el blanco manto que los penetra nos hace presentir que una espesa capa de nieve cubre la tierra, el aire huracanado gime sobre los tejados y penetra por la chimenea con murmullos de muerte. Así, pues, los que no tienen á su disposición todos los medios que constituyen lo que se llama *confort*, deben repentinamente salir de su agradable envoltorio, saltar sobre el helado piso de la alcoba y sumergir la cabeza en el agua: deben obrar rápidamente, sin ninguna reflexión, para realizar esta especie de suicidio. Los sibaritas prolongan su sueño con un plácido adormecimiento y se rebelan contra el día que llega; el sopor, la monorra les hace sordos á los ruidos de la calle y al importuno tic tac del reloj. Piensan casi con espanto que se van á despertar; les bastaría hacer un movimiento para disipar la pereza que les ata á la cama, pero tienen buen cuidado de no moverse; cierran los ojos, alejan de su mente toda idea y consiguen así prolongar el sueño durante algunas horas. Por fin, cuando llega el momento fatal de abandonar la cama, encuentra una razón para retardarse un poco; el niño recita su lección; la devota reza cincuenta *Ave Marias* y el poeta compone sus versos.

Sólo los hombres verdaderamente fuertes se despiertan con alegría, se entusiasman al sentir

correr por su cuerpo el agua helada y las frías caricias del aire exterior que penetra repentinamente por la ventana entreabierta. Esta energía puede también ser una necesidad, y en este caso, es preciso atribuir al agua fría, al aire helado, una gran parte de la fuerza inquebrantable, de la tranquila resolución de los hombres del Norte. Por eso quien desafia al frío demuestra su valentía y fortaleza.

¡Cuán suave es, al contrario, el despertar en los deliciosos países del Mediodía, en una llanura como la de Santa Marta. El vago perfume de las corolas que se abren, vienen á embarazar el aire de la alcoba, los pájaros agitan sus alas, llenando el espacio de mil cantos distintos y la sombra de los árboles se proyecta sobre las blancas murallas en cuanto el sol naciente lanza su pródiga luz sobre estos países privilegiados. La atmósfera, tan dulce en el interior, es por fuera embriagadora, más fresca, más vivificante; el suave céfiro entra en el cuerpo y en el alma y rejuvenece á quien lo aspira. En medio de esta naturaleza que se despierta con tanto amor á la vida, es imposible no sentirse renacer con todas las energías de los años juveniles; en el seno de esta tierra tan hermosa, á los primeros rayos del sol se respira con avidez y la vida se siente renovada.

Desde el amanecer, gentes á pie y á caballo llenan los caminos que conducen al pequeño río Manzanares, así nombrado por los conquistadores como recuerdo del río de Madrid, y cada uno busca un sitio á propósito para hacer las abluciones de la mañana. El camino que yo seguía ordinariamente, pasa á través de los huertos. Las altas hierbas tapizan los lados; los árboles, tocándose unos con otros, enlazan también sus ramas que forman una

arcada sobre la senda; parece una inmensa cuna de verdura. El sol hace penetrar á trechos sus hebras de oro y por algunos huecos se ven las hojas de los cocoteros formando penachos que se balancean á diez metros sobre los árboles del camino. Las ciruelas desprendidas de las ramas cubren el suelo, y las emanaciones de las flores dilatan el corazón. Con frecuencia pasan jóvenes indianas cabalgando sobre sus asnos y con las cuales se cambia el saludo acostumbrado: *¡Ave Maria!—Sin pecado concebida.*

Llegados al puente del Manzanares (monumento notable en su género, porque es el único de la provincia, pero cuya construcción se compone de unas cuantas maderas bastante mal colocadas sobre unos cuantos machones agrietados y desmoronados), los grupos que van por el camino se disuelven, cada nadador baja al río cogiéndose á las ramas de caracolis ó mimosas, y se deja caer sobre el agua transparente ó en la arena micácea de la orilla, que parece un mosaico de oro y plata. A esta hora de la mañana, los pájaros cantan y los enjambres de mosquitos no se arremolinan aún en el aire; el calor del sol no atraviesa el follaje de los árboles, y el agua que baja de los montes, conserva la frescura de las rocas. Después de algunos minutos de ese baño delicioso y vivificante, se sube por el río y los vecinos se dispersan luego por los jardines, gozando de las últimas frescuras matinales: así se pasan las primeras horas de la mañana en Santa Marta.

Una gran parte del día se emplea en echar la siesta, en particular los hombres, pues las mujeres aquí, como en todas partes, están todo el día ocupadas en los quehaceres de la casa. Cuando el excesivo calor no me permitía hacer alguna excursión

sión por la playa, tomaba el partido de dejarme caer sobre mi hamaca con un libro en la mano. La casa que yo había alquilado por la módica suma de veinte pesetas mensuales, era bastante grande y estaba rodeada de un hermoso jardín que le prestaba apacible sombra; mi vecina niña Perlita, con un sorprendente instinto de hospitalidad, muy frecuente entre las mujeres criollas, no esperó las rutinarias fórmulas de una visita para proporcionarme los muebles que necesitaba. Extranjero, y apenas desembarcado en la nueva y querida patria, contaba ya con más simpatías y afectos verdaderos que en mi pueblo natal. Algunos jóvenes, ávidos de saber como lo son todos los neogranadinos, venían á conversar conmigo: las damas á que era presentado me interrogaban también con la libertad propia del país, exenta de toda gazmoñería. Algunas llevaban su audacia hasta preguntarme si las mujeres de Francia eran hermosas. En otra parte hubiera contestado con franqueza la verdad, pero ante los ojos ardientes de estas hijas del sol, solía contestar que allá, entre las espesas brumas del Norte, brotan graciosos algunos lindos capullos.

Una de las cosas que más me llamaba la atención era la viva inteligencia de la juventud de Santa Marta. Se expresan con viveza y elocuencia. Además del español hablan casi todos una ó dos lenguas vivas. Muy curiosos para todo lo que viene del extranjero, saben procurarse una educación superficial que les permite hablar acerca de todas las cosas sin quedarse nunca cortos. Esta educación no la deben á nadie más que á ellos mismos; en las escuelas no hay ni disciplina ni método, y para imponerse á los niños es preciso hablarles como amigos ó tratarlos como hombres

libres. El movimiento revolucionario ha dado en todos los países de América un carácter tal á la voluntad de los niños y los hombres que resulta imposible someterlos á la obediencia. Los profesores, si quieren ser respetados, se han de presentar como iguales ante sus alumnos. En Luisiana, un profesor francés, infatuado por las tradiciones clásicas, quiso introducir en su colegio una disciplina rigurosa, pero un día los colegiales se amotinaron é incendiaron la escuela.

Entre los niños, muy celosos de su dignidad personal, el amor propio se siente con exaltación; la emulación puede llevarles á hacer prodigios. Basta demostrarles el buen concepto en que se les tiene, para que procuren justificar la idea que se ha formado de ellos. Y los hombres de Nueva Granada no difieren en nada de los niños. El día que sientan como punto de honor la prosperidad de su país, fundarán escuelas, abrirán caminos y cultivarán su vasto territorio. El honor, que bien ó mal comprendido no es otra cosa que el respeto á sí mismo, es una poderosa palanca, con la cual podrán levantar á ese pueblo; el honor bien entendido es la gran virtud que pondrá á las demás en movimiento. Las buenas cualidades de los criados granadinos son muchas, pues si bien se les puede reprochar cierta pereza moral, no se les puede negar inteligencia, bravura, afabilidad y sobre todo modestia, virtud, esta última que poseen sin excepción todos los hombres buenos.

El joven más notable de cuantos traté, se llamaba Ramón Díaz. Era un mulato de unos dieciocho años y ya había tenido tiempo de procurarse sólida instrucción. En compañía de un viajero europeo había estudiado la Ornitología y la Botánica, en la llanura misma que rodea á Santa Marta; des-

pués de la marcha del explorador extranjero había continuado solo sus estudios. Con ayuda de algunos libros, se había arreglado, para su uso, verdaderos cursos de Filosofía, de Literatura y Geometría. Sin embargo, la variedad y solidez de sus conocimientos no le habían inspirado la menor ambición; continuaba sin avergonzarse de su estado al lado de su madre, que tenía un puesto en el mercado, donde vendía una docena de bananas al día. Pero si carecía de ambición, tenía en cambio una dignidad y un amor propio que le honraban y sabía que la posición social no es nada al lado de las prendas personales que constituyen el valor real del hombre.

Ramón Díaz y sus amigos no eran los únicos que distraían mi atención; tenía además otras visitas: el mono atado á una larga cuerda, que, harto de balancearse en una rama, venía de cuando en cuando á distraerme con sus juegos; el lorito que repetía los nombres de todos los niños del barrio y se interrumpía algunas veces con el grito de *burro, burro*, aprendido sin duda de los indios, que se valen de esta palabra para animar á sus cabalgaduras: la pequeña cotorra verde, que de vez en cuando alargaba tímidamente el cuello como para darme un beso, parloteaba alegremente cuando yo le daba el encarnado fruto del cactus.

Rodeado así de amigos, y además bastante debilitado por el calor, no podía consagrar todo el tiempo al trabajo. No obstante, mis estudios, sin ser austeros, no dejaban de ser provechosos. Se puede aprender gozando: el columpio de mi hamaca, las sombras de las grandes hojas que el sol dibujaba en el suelo á través de los troncos del patio y la vista de la cúpula agrietada de la catedral, que destacaba su color violeta sobre el fondo azu-

lado del cielo, eran cosas que me sugerían reflexiones, que se grababan indeleblemente en mi espíritu. En el silencioso gabinete, sobre todo durante las largas noches de invierno, en nuestros países del Norte, el que busca la verdad la encuentra en la majestad de las serenas noches y puede mirarla frente á frente, sin que nada venga á turbar su contemplación. Esta conquista tiene algo de heroica y de fuerte; pero no tiene poesía en nada de cuanto le rodea. En medio de la naturaleza tropical, poderosa y mágica, que embellece todos los objetos, cada pensamiento es al mismo tiempo un cuadro; las abstracciones, tan frías en el Norte, se armonizan aquí con el medio ambiente y con frecuencia una idea espera, para penetrar en el espíritu, que un rayo de sol se abra paso á través del follaje. Los hombres vibran al unísono con la naturaleza.

Por la tarde se organizan bailes y excursiones. Los tocadores de tambor y castañuelas se reúnen en las esquinas de las calles é improvisan conciertos que los niños imitan desde lejos golpeando cuantos objetos metálicos caen en sus manos, produciendo ruidos infernales. Las jóvenes se juntan en casa de la amiga que celebra su fiesta onomástica, y bailan alrededor de un altar adornado con flores y guirnaldas; al lado de la imagen cuelgan todas las joyas y objetos preciosos que encuentran: collares, brazaletes, abanicos, piezas de ropa, estampas europeas representando el amoriamiento de Atala y la muerte de Paniotowski. Los murguistas tocan furiosamente sus desagradables ritornelos, subidos sobre muebles cubiertos de calicut y sólo descansan de hora en hora para absorber con pres-teza un vaso de chicha. La entrada es libre lo mismo para bailar que para beber; los gastos son de

cuenta del dueño y de sus *niñas*. La casa se convierte en un puesto público hasta que llega el día del santo de otra muchacha joven.

Gracias á la belleza de las noches, los que se pasean son aún más numerosos que los que bailan; continuamente se forman y deshacen grupos; se oyen alegres cantares por todas partes confundándose las voces de los samarios con las de los marinos y el ruido armonioso de las olas. Los que no han visto el esplendor de las noches tropicales, no pueden imaginarse cuán dulces son las horas pasadas bajo la luz velada «que baja de las estrellas»; no saben hasta qué grado puede elevarse el goce exquisito del sér humano acariciado por la purísima atmósfera que lo envuelve: los sentidos se sienten excitados á la vez, y los movimientos se hacen con tal libertad que los hombres parecen exentos de esa ley fatal de la gravedad.

El cielo, donde las estrellas, según Humboldt, brillan con una claridad cuatro veces más intensa que en la zona templada, está casi siempre libre de nubes, y se puede contemplar en toda su magnitud el arco inmenso de la vía láctea. La luz zodiacal redondea su orbe grandioso por Occidente; al Sur, aparecen como fresco de nieve las *nubes magallánicas*, grupos de constelaciones tan grandes como nuestro cielo y no obstante perdidas como un tenue vapor en lo infinito del espacio. A cada instante, las estrellas fugaces, mucho más voluminosas en apariencia que las de nuestros climas, surcan el espacio dejando en pos largas franjas de luces multicolores; á veces parecen luminarias de fuegos artificiales.

Los perfumes de los jardines y los bosques aumentan la belleza enervante de las noches tropicales. Las flores de todas las especies abren sus

pétalos y llenan de aromas el espacio. Algunos de esos olores y entre otros el de la palmera *corona* se producen repentinamente é invaden la atmósfera; otros más discretos, se insinúan con lentitud, llegando gradualmente á los sentidos y hay otros también que imprimen una especie de ritmo á las ondas aéreas, lanzando su perfume á intervalos; pero todos se suceden con orden regular, produciendo así una verdadera gama de aromas. A imitación de Linneo, que hablaba de construir un reloj de flores en el que cada hora estaría indicada por la abertura de una corola, Spir y Martius, los célebres exploradores del Brasil, proponían disponer un jardín en forma de vasto reloj tropical en el que cada división del tiempo estuviese indicada por un olor diferente, saliendo de una flor entreabierta como el humo sale del incensario.